

CAPITULO IX.

Comenzó finalmente hácia la media noche el paso; pero los primeros que se alejaron de la orilla, advirtieron que el hielo cedia á sus pies y se hundia, y que marchaban con el agua hasta las rodillas; se oyó bien presto que aquel fragil apoyo se hundia con espantosos crujidos, que se prolongaban á lo lejos como en un repentino deshielo de un rio. Todos se detuvieron consternados.

Mandó Ney que no pasaran mas que uno á uno, y se adelantaron con precaucion, no sabiendo á veces en la obscuridad, si iban á poner los pies sobre los témpanos ó en algun intervalo; porque en algunos parages hubo necesidad de salvar anchas rajas, y saltar de un hielo á

otro, con peligro de caer entre los dos y desaparecer para siempre. Los primeros anduvieron vacilantes, pero les excitaban por detrás para que se adelantaran.

Cuando ultimamente, despues de infinitas penas llegaron á la otra orilla y se tuvieron por salvados, una escarpadura perpendicular, enteramente cubierta de nieve helada, les impidió tomar tierra. Muchos resbalaron otra vez sobre el hielo que rompieron al caer, y los despedazó. Al oirlos, parecia que aquel rio ruso y su orilla, ño se habian prestado mas que con pesar, por sorpresa y como forzosamente á su salud.

Pero lo que repetian con horror, era la turbacion y desacuerdo de las mugeres y enfermos, cuando fué preciso abandonar en los bagages las reliquias de su caudal, sus víveres, y finalmente todos los recursos contra lo presente y venidero. Los vieron saqueándose á sí mismos, elegir, desechar, volver á tomar, y caer de extenuacion y sentimiento en la orilla he-

lada del rio ; se estremecian todavía con la memoria del cruel espectáculo de tantos hombres esparcidos sobre aquel abismo, del continuo zumbido de las caidas, de los clamores de los que se hundian, y mas especialmente del llanto y desesperacion de los heridos, que desde sus carros que no se querian arriesgar sobre aquel debil apoyo, alargaban las manos á sus compañeros, rogándoles que no les abandonaran.

Su gefe quiso tentar entonces el paso de algunos carros cargados de aquellos desdichados, pero se hundió y entreabrió el hielo en medio del rio. Oyóse de la otra orilla, que al principio salian de aquel abismo doloridos y prolongados gritos de angustia, despues ayes medio articulados y débiles, y un horrendo silencio por último. Todo se habia desaparecido.

Ney clavaba consternado la vista en aquel abismo, cuando al traves de las sombras creyó ver que se removia un bulto todavía ; era uno de aquellos des-

dichados, un oficial llamado Briquerville, al cual una herida profunda en la ingle no le permitia enderezarse. Le habia levantado una meseta de hielo. Le descubrieron al punto bien distintamente que, de témpano en témpano, se arrastraba de rodillas sobre las manos, y se acercaba : el mismo Ney le recogió y salvó.

Se habian muerto ó extraviado desde la víspera cuatro mil rezagados, y tres mil soldados ; perdido ademas los cañones y bagages, y apenas le quedaban ya á Ney tres mil combatientes y otros tantos hombres desbandados. Ultimamente, habiéndose consumado todos aquellos sacrificios y reunido cuanto habia podido pasar, marcharon ; y domado el rio, les sirvió de aliado y guia.

Iban adelantándose á la aventura é inciertos, cuando cayendo uno de sus compañeros, reconoció un camino trillado. Demasiado lo estaba, porque bajándose los que iban en el frente, y agregando á sus miradas las manos, se detuvieron

atemorizados, exclamando, « ¡que veian huellas en extremo recientes de una gran porcion de cañones y caballos! » No habian evitado el encuentro de un ejército enemigo, sino para caer en medio de otro! ¿Les seria pues necesario pelear todavía, cuando apenas podian andar? Pero Ney les mandó continuar su marcha, y siguió aquellas terribles huellas sin conmoverse, las cuales le condugeron á una aldea llamada Gusinoe, en la cual entraron atropelladamente; se apoderaron de todo, y allí se encontró cuanto faltaba desde Moscou, habitantes, víveres, descanso, alojamientos calientes, y un centenar de Cosacos que se despertaron prisioneros. Los informes de estos y la necesidad de rehacerse para continuar, detuvieron á Ney por unos instantes en aquel pueblo.

Habian llegado hácia las diez á otras dos aldeas en que se tomaba descanso, cuando vieron que se hacian infinitos movimientos en los montes circunveci-

nos. Mientras que las tropas del mariscal se llamaban, miraban y se reconcentraban en aquella aldea de ambas, que estaba mas inmediata al Borístenes, varios millares de Cosacos salieron de todas aquellas arboledas y cercaron con sus lanzas y cañones á los desgraciados soldados de Ney.

Eran Platof y todas sus tribus, que seguian la orilla derecha del Nieper. Podian quemar aquellos Rusos la aldea, sacar al descubierto la debilidad de Ney, y acabarle: pero permanecieron inmóviles por espacio de tres horas aun sin disparar, ignorándose por que. Digeron que no habian tenido orden; que su gefe estaba inhabilitado en aquel momento para darla, y que ninguno se atreve en Rusia á salir responsable de nada.

Los contuvo la serenidad de Ney. Bastaron él y algunos soldados; y aun mandó que sus restantes tropas continuasen su comida hasta la noche. Hizo circular entonces la orden de descampar sin rui-

do, de advertirse recíprocamente en voz baja, y marchar apiñados. Se pusieron todos juntos en movimiento despues, pero su primer paso sirvió como de señal al enemigo, cuyas piezas todas hicieron fuego, moviéndose tambien todos sus escuadrones al mismo tiempo.

A cuyo ruido los rezagados desarmados, todavía en número de tres ó cuatro mil, se atemorizaron. Esta turba de hombres, andaba errante acá y allá, su atropamiento marchaba extraviado, incierto, echándose en las filas de Ney, que los repelian. Supo mantenerlos Ney entre sí y los Rusos, cuyos fuegos se absorbían por aquellos hombres inútiles; así los mas desalentados sirvieron para preservar á los mas valientes.

El mariscal, al mismo tiempo que se formaba de aquellos infelices una defensa en su flanco derecho, llegó á las orillas del Nieper, con él cubrió su flanco izquierdo y marchó en medio, adelantándose así de monte en monte, de recodo

en recodo, aprovechándose de todas las vueltas y revueltas, y de las menores circunstancias del terreno. Pero se vió precisado frecuentemente á apartarse del río, y le cercaba Platof entonces por todos lados.

Así caracolearon incesantemente seis mil Cosacos, durante dos dias y veinte leguas hácia los flancos de su columna, reducida á quinientos hombres armados, teniéndola como sitiada, desapareciendo en las salidas de ella para volver á parecer prontamente, al modo de sus antepasados los Escitas; pero con la funesta diferencia de que ellos manejaban sus cañones montados en trineos y despedían huyendo sus balas, con la misma agilidad que sus mayores manejaban sus arcos y despedían sus flechas.

La noche trajo algun alivio, y se internaron al principio con algun gozo en las tinieblas, pero si entonces se paraban un instante para la última despedida de los que habian caido rendidos á las he-

ridas ó debilidad , perdian el rastro los unos de los otros : hubo muchos momentos crueles , y no menor número de instantes desesperados ; el enemigo sin embargo aflojó.

Mas sosegada la desgraciada columna, iba adelantándose como á tientas por un espeso monte , cuando por delante de ella un vivo resplandor y muchos cañonazos brillaron repentinamente en el rostro de los soldados de la primera fila. Habiéndose atemorizado , se tuvieron por perdidos , por cortados ; pensaron que era llegado su último trance , y cayeron aterrados : en sus espaldas los restantes , se mezclaron y arrollaron entre sí. Ney, que lo veía perdido todo , se precipitó , mandó tocar el ataque , y como si lo hubiera previsto de antemano , exclamó : « ¡ Hé aquí el momento , compañeros , adelante , son nuestros ! » Consternados á estas palabras sus soldados que se creían sorprendidos , creyeron sorprender ; de vencidos que ellos eran , se repusieron

vencedores , volaron contra el enemigo , al que no encontraron ya , y cuya precipitada fuga por medio de aquellos montes , llegaba á herir en sus oídos.

Se escurrieron bien pronto ; pero se halló hácia las dos de la tarde un riachuelo encajonado en una profunda quebrada , y fué preciso pasarle uno á uno como el Nieper. Encarnizados los Cosacos contra aquellos desgraciados , venian acechándolos todavía , y se aprovecharon de aquel momento , pero los rechazaron Ney y algunos tiros. Se venció penosamente aquel obstáculo , y el hambre y sus extenuadas fuerzas , los detuvieron por espacio de dos horas en una crecida aldea.

Se marchó en el siguiente día 19 de noviembre , desde la media noche hasta las diez de la mañana , sin haber encontrado mas enemigo que un terreno montuoso ; pero las columnas de Platof se presentaron entonces de nuevo , y les hizo cara Ney , sirviéndose de los linderos de un monte. Fué necesario durante

todo el día , que sus soldados se resignasen á ver derrivados los árboles que les servian de abrigo por las balas del cañon enemigo , que tambien surcaban sus bivagues , porque ya no tenian mas que armas menores , que no eran capaces para mantener á una suficiente distancia la artillería de los Cosacos.

Habiendo anohecido , hizo señal el mariscal , y volvieron á ponerse en marcha para Orcha. A esta se habia despachado ya el día anterior, Pchebendowski y cincuenta caballos , para solicitar algunos socorros , y debian haber llegado allá si el enemigo no era ya dueño de aquel pueblo.

Los oficiales de Ney acabaron diciendo , « que en cuanto á lo restante de su marcha , y aunque habian encontrado todavía crueles impedimentos , no eran dignos de referirse. » No obstante , se exaltaban siempre al nombre de su mariscal , y hacian participar de su admiracion , porque sus iguales mismos no pensaron

en tenerle envidia. Le habian hechado menos de un modo notabilísimo , habia mucha necesidad de conmociones gratas para dejarse llevar de los zelos ; y Ney por otra parte se habia puesto fuera del tiro de ellos. Por lo que mira á él , habia salido tan poco de su natural en aquel heroismo , que sin el lustre de su gloria en los ojos , ademanes y aclamaciones de todos , no hubiera advertido que habia hecho una sùblime accion.

Y no era un entusiasmo de sorpresa. Cada uno de aquellos últimos días habia tenido sus hombres insignes : entre otros , el del 16 , á Eugenio ; el del 17 , á Mortier ; pero todos desde entonces proclamaron á Ney por héroe de la retirada.

Median apenas cinco jornadas entre Orcha y Smolensko. ¡ Cuanta gloria recogida en aquella corta travesía ! ¡ Cuan poco espacio y tiempo son necesarios para una inmortal fama ! ¡ Y de qué naturaleza son pues aquellas grandes inspiraciones , aquel germen invisible é im-

palpable de los grandes sacrificios producidos en algunos instantes, nacidos de un solo corazon, y que deben llenar los siglos y la inmensidad?

Cuando á dos leguas de allí, supo Napoleon que acababa de volver á paracer Ney, se puso loco de alegría, gritó con júbilo, y exclamó : « ¡ Hé aquí salvadas mis águilas ! ¡ Hubiera dado trescientos millones de mi erario, para redimir la pérdida de semejante hombre ! »

LIBRO UNDECIMO.

CAPITULO I.

De este modo el egército habia pasado por la tercera y postrera vez el Nieper, rio, mitad ruso y lituaniano, pero de origen moscovita : corre de levante á poniente hasta Orcha, en donde se presenta para penetrar en Polonia, pero oponiéndose allí contra semejante invasion las alturas de la Lituania, le obligan á volverse de pronto hácia el mediodia, y servir de frontera á uno y otro pais.

Los ochenta mil Rusos de Kutusof, se pararon á la vista de aquel debil obstáculo. Habian sido hasta entonces mas bien espectadores que autores de nuestro